

Entre la Luz y la Sombra

Recordad aquella mañana en que al abrir las hojas del diario leísteis, estupefactos, esta noticia: “Federico García Lorca ha muerto fusilado en Granada”, y comprendereis cuánta congoja, cuánta estupefacción y cuanto miedo debió sentir el sabio humanista Arias Montano —y más tarde con él España toda— cuando al abrir su correspondencia, un día de abril de 1572, leyó una carta de Madrid en la que se le decía de un íntimo amigo: “Fray Luis ha sido arrestado por la Inquisición”. Ya hoy sabéis, y mejor lo sabía Arias Montano, sufridor también de sus amenazas, lo que el ser detenido por aquella santa Gestapo podía significar: desde el suplicio lento hasta el más exterminador castigo. Cuando Arias Montano recibiera esa carta, los dos grandes amigos de Fray Luis, Martínez Cantalapiedra y Grajal, ilustres hebraístas, ya estaban detenidos, acusados también de judaizantes, libres intérpretes de las Sagradas Escrituras, detractores de la Vulgata, “cristianos nuevos... interesados en oscurecer nuestra fe católica y volver a su ley”, según manifestación del inquisidor Diego González. Desde la detención de Grajal, efectuada el 1 de marzo, hasta la de Fray Luis, llevada a cabo el 25, pasaron tres semanas, en las que el poeta, angustiado, aterrado, hizo sobrehumanos esfuerzos para evitar la orden, que ya esperaba, del Supremo Tribunal. Imaginad por un instante las noches de Fray Luis en su convento salmantino, aguardando su arresto. ¡Oh noches, oh noches lentas y sobrecogedoras noches, como aquéllas de la que fue nues-

tra oscura Europa, en que los pulsos del corazón se detenían, se paraba el aliento, cuando el motor de un coche se callaba en las sombras sin nadie, se oían subir pasos precipitados, timbrazos o patadas en las puertas, quedando luego un grito, un llanto, una congoja final! Imaginad, os digo, esas noches insomnes del gran agustino, esperando, sintiendo ya la aparición del familiar del Santo Oficio, tan semejante al que llamara años atrás a las casas de tantos y tantos ilustres europeos, tantos pobres maestros españoles... Pero por fin llegó la hora, y el que venía a prenderle era amigo suyo, un tal Francisco Almansa, un Judas, quien lo llevó al día siguiente a la cárcel inquisitorial de Valladolid, donde fue registrado como un vulgar ladrón, y encerrado en una de las celdas secretas. Y ya tenemos a Fray Luis, aquella luz pacífica del Tormes, predicador de la vida estudiosa, retirada, abandonado a las tinieblas, huésped de la más oscura noche, entre las paredes de la Inquisición. Miradlo debatirse como un soldado de la luz contra un ejército de sombras; porque sombras eran, tristes fantasmas irrisorios eran los que lo atacaban acusándole. ¿Y de qué lo acusaban, de qué horribles delitos lo hacían responsable? ¿De que era judío? El les iba a responder con orgullo: "Gracias, por hacerme pariente tan cercano de Cristo, nuestro Señor". ¿De preferir los textos bíblicos en su idioma original, que ni los teólogos ni inquisidores comprendían? El los iba a ofender rugiéndoles en la cara: "Pues si no saben hebreo, que lo aprendan". ¿De traducir maravillosamente al castellano el *Cantar de Cantares del Rey Salomón*? El poeta iba a confundirlos, con desprecio, escupiendo a los que soportaban en el latín de la Vulgata lo que en el idioma romance no querían: "Yo no encontré otros vocablos con que castellanizar oscula, ubera, amica mea, ferrosa mea, sino diciendo besos y pechos y mi amada y mi hermosa, porque no sé otro romance que el que mis amas me enseñaron". ¿Quiénes condenaron entonces a Fray Luis, quiénes lo acusaron? Valientemente, durante su proceso, no se cansó de repetirlo, dejándolo al fin dicho —y con esa rotundidad que da el verso— a la salida de la cárcel:

"Aquí la envidia y mentira me tuvieron encerrado..."

Esos fueron los verdaderos torturadores, sus verdugos, los mismos mentirosos, envidiosos, que cuatro aulas salmantinas de Fray Luis de León y de Unamuno gritaron inquisitorialmente por boca de un ignorante: "Muera la inteligencia".

Estaba aquella universidad de Salamanca, en su momento de mayor esplendor, llena de delatores, espías, confidentes, siempre a caza de "novedades" como calificaban, despreciativamente, el esfuerzo renovador de Fray Luis y sus amigos. "Mueran los maestrillos liberales", gritaban. "A la hoguera con ellos".

Pero a Fray Luis lo salvó y lo amparó el valor de los grandes, de las almas heroicas, y la inocencia de su luz, la lumbre de su razón, la buena estrella de su sabiduría. Mas su noche oscura, el "pozo de su angustia" —como diría Bergamín— desde donde tuvo que bracear como un desesperado para no hundirse y ahogarse definitivamente, fue uno de los más profundos que a hombre alguno de ningún siglo pudo abrírsele. La voz de su dolor durante aquellos largos años, cuatro años de oficio de tinieblas, se nos presenta hoy como la más potente que ha podido levantarse en España contra la ignorancia y la injusticia. Rugía el león desde las fauces de su calabozo, y más que con la mano con zarpazos febriles llenaba pliegos y pliegos defendiéndose. Pero esta defensa, a pesar de saberse Fray Luis enteramente rodeado, era ataque feroz, y cada arremetida suya contra aquel sigiloso tropel de sombras, una victoria sobre él, aunque lenta y desesperada. Viril, valientemente, no ignorando que el pozo donde estaba se hundía más aún, acusa de perjurios, hipócritas, necios, mentirosos, a los principales inquisidores, cobardes fantasmas que, amparados en la oscuridad que envolvía al prisionero, dirigían la batalla. Mas a veces, desgañitado de gritar sin ser escuchado, se le anubarra la razón, se le entenebrece la memoria, llegando a creer que todos sus amigos han muerto o que le abandonan, y esta soledad, unida a la certeza de su inocencia, lo lanza más en el desaliento. Sus enemigos se aprovechan. Y uno de los peores, Fray Bartolomé de Medina, le arrebató al poeta, contra todo derecho, una de sus cátedras. La mediocridad, la insignificancia, el fracaso suben desvergonzadamente. ¿De qué le había servido —pensaría Fray Luis— su vida de trabajo y estudio, de qué su virtud, su abnegación, su bondad, su sacrificio? Se siente enfermar. El calor del verano le hace más insufrible la estrechez ahogada de la celda. Entonces, para refrescarse siquiera en el recuerdo, piensa en la Flecha, en la placidez pastoril del Tormes y llora, en la negrura de la mazmorra, por el verdor, la luz y el canto de los pájaros de su huerto perdido.

*No pinta el prado aquí la primavera
ni nuevo el sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.*

Todo su idilio, su coloquio amoroso con los campos, los cielos y el agua, se ve traspasado por un nuevo viento de tristeza, una infinita nube de melancolía. El mismo se contempla como un ave inligada, más presa cuanto más lucha por desenlazarse. Pero esto no le acobarda. Escribe e insulta. Y entre esos pensamientos, en los que enlaza los nombres de Cristo con la paz silenciosa de sus queridas arboledas, siguen los más feroces contra sus carceleros, a los que llega a tratar de malhechores.

La noticia de la muerte de su amigo Grajal lo arroja más en la desesperación y la violencia. Por fin ha muerto en aquellos mismos calabozos otro *profesorcillo*, otro *maestrillo liberal*, uno de aquéllos que con Fray Luis, Cantalapiedra, Arias Montano, el Brocense, se desvelaban por las *novedades*. Ahora le tocaría a él. ¿No era eso lo que esperaban sus verdugos? Se acabaría él, y su cuerpo, como lo fuera el de su amigo, lo sacarían a media noche, en secreto, y lo mismo que el de un apestado lo enterrarían en cualquier desconocido lugar.

Siguen corriendo los meses, y los meses van formando años, y los años cavando la esperanza del gran cautivo. Y el que llega es 1576. Ya apenas si recuerda que entró en su noche oscura el 25 de marzo de 1572 pues los días que pasan tienen el color negro de su celda y no ha sabido cuándo el tiempo se cambiaba en primavera, ni cuándo los árboles se quedaban sin hojas ni los cielos altísimos se inundaban de estrellas. Como un guerrero más, un fantasma peor, se le mete la fiebre entre los huesos y se los hace retemblar hasta hacerle pedir, temiendo por su alma, un religioso que lo atienda, pues, como él mismo confesó en este trance, no quería "morirse sólo entre cuatro paredes". El permiso se demoró y todavía mientras acongojado lo esperaba, recibió una nueva amenaza del tormento, que se balanceó sobre su pobre espíritu rendido durante cuarenta días.

Mas al fin, después de casi cinco años de continuo voceo, dolorido, avejentado, pero con la entereza y el orgullo de un hombre que se sabe víctima de la arbitrariedad y la injusticia, escucha Fray Luis de boca de los inquisidores la lectura de su sentencia: la del tormento quedaba anulada y el procesado recuperaba la libertad, pero su extraordinaria traducción del *Cantar de Cantares* debía ser retirada de la circulación. Aquel frailecillo entrometido y malicioso que se entrara furtivamente en la celda del poeta e hiciera copia del manuscrito, divulgándolo a los cuatro vientos, con el éxito rápido de una novela pornográfica, y aquel otro, el dominico Fray Vicente Hernández, que no encontraba diferencia entre las poesías eróticas de Ovidio y los versículos del *Cantar*, fueron dos de los principales atizadores de la hoguera que durante tanto tiempo amenazó la vida de Fray Luis, torturándolo hasta enloquecerlo.

Salió victorioso Fray Luis, siendo a los pocos días y con todos los honores recibido por el claustro en pleno de la Universidad de Salamanca. Después de unas tumultuosas asambleas donde la envidia y el odio mostraron sus colmillos nuevamente sin ningún disimulo, el claustro concedió a Fray Luis una cátedra de Teología Escolástica. Mañana de gran expectación. 29 de enero de 1577. Habían acudido de todas partes para verlo y oírlo. Traía el maestro sobre sus hombros y en sus ojos la pesadumbre de cuatro largos años de oscuridad profunda.

Aquel auditorio —pensaría Fray Luis después de sus amargas experiencias— estaría, y con más razón que antes, lleno de delatores, parecidos a aquellos alumnos que años atrás lo denunciaron al Santo Oficio como maestrillo liberal, aficionado a novedades peligrosas. ¿Qué esperarían de él? Sabía todo el mundo que Fray Luis no se mordía la lengua. Mas el maestro, más por habilidad que por temor comenzó su discurso, según dicen, con aquellas palabras: "*Decíamos ayer...*", defraudando así, seguramente, a todos los que esperaban una queja o alguna alusión mordaz contra sus enemigos. Volvía Fray Luis, pienso yo, a juzgar por las poesías que le brotaron después de su salida de los calabozos, con verdadera hambre de espiritual sosiego, ansias de cielos estrellados, de regiones lejanas del suelo miserable donde tanto acababa de padecer. El poeta del Tormes, perseguidor de una Arcadia terrenal, predicador de la escondida senda, ha comprendido que esa Arcadia no se encuentra en el mundo y que el manso ruido de los árboles es mejor escucharlo en otras más lejanas campiñas. Su huerto de la Flecha, como en una saeta voladora, lo ha traspasado a otras regiones altas en donde el nuevo río que lo baña se denomina ahora *vena del gozo* y aquella airosa cumbre, *montaña del alto bien*.

Y hacia esos valles infinitos se dirigió definitivamente Fray Luis desde Madrigal, pueblo donde los Agustinos celebraban capítulo para la elección de Provincial de la Orden.

*A la cabecera tiene
una fuente de agua clara.
Santa Teresa a los pies,
hilándole la mortaja.
Las campanas de la gloria
por Fray Luis ya repicaban.
Por sus enemigos malos,
las del infierno doblaban.*

Esta paráfrasis mía de un viejo romance castellano sirva de final a este recuerdo breve al más viril, al más vehemente de los poetas españoles, al que luchando siempre entre la luz y la sombra alcanzó al fin, por gracia de su Dios y de la poesía, la perpetua morada de la luz.

Rafael Alberti